

Capítulo 276 - Secretos Antiguos y Huesos Enterrados - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

- Capítulo 276 - Secretos Antiguos y Huesos Enterrados - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

Capítulo 276 - Secretos Antiguos y Huesos Enterrados - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

La prisión de Kiruna en Suecia era un lugar frío, situada a 180 millas al norte de la ciudad de Kiruna, que a su vez se encontraba a 200 millas por encima del Círculo Polar Ártico. La prisión estaba cerca de las fronteras de Finlandia y Noruega, y fue construida como un proyecto conjunto entre los tres países durante un momento notable de cooperación. Modificada y actualizada en varias ocasiones, su reputación creció a lo largo de los últimos dos siglos hasta ser conocida como la prisión más dura de cualquiera de los tres países. Actualmente alojaba solo a 36 presos, mucho menos que los más de 200 que había hace un siglo. La prisión de Seguridad Máxima no era un lugar donde se enviaba a los prisioneros para rehabilitarse; las posibilidades de que alguno fuera liberado eran casi nulas. La única finalidad de la prisión era mantenerlos tras las rejas y alejados del resto de la humanidad hasta su muerte. Se habían intentado fugas y escapes, pero ninguna había tenido éxito. Cuatro personas habían logrado "escapar" técnicamente, pero murieron de exposición mientras intentaban encontrar comida y refugio, evitando ser recapturados. Las visitas estaban muy restringidas, igual que toda comunicación con el exterior. Por eso, fue una gran sorpresa para uno de los prisioneros más notorios cuando le informaron que tendría una visita. La puerta de su celda se abrió y deslizó hacia atrás, invitando a la galería abierta. Había pasado mucho tiempo desde que alguien había sido autorizado a visitarlo, y casi había olvidado los protocolos. Primero, se despojó de toda su ropa y entró en una sala de acero donde le escanearon en busca de armas o anomalías, y luego pudo salir del otro lado y ponerse un nuevo uniforme carcelario, idéntico al anterior. Después, fue llevado a la sala de reuniones, donde pudo ver a un hombre sentado al otro lado de un muro de vidrio reforzado de seis pulgadas de grosor. Micrófonos y altavoces llevaban sus voces de un lado a otro. No tendrían contacto físico, ni siquiera con el aire que respiraban en lados opuestos de la barrera. Karl "El Sueco Grande" Ahlgren se encontraba en una silla de acero atornillada al suelo. Soportaba con facilidad sus más de 180 kilos. Las décadas habían sido duras con él al acercarse a los setenta, grabando líneas en su rostro y volviéndose plateados su barba y cabello, pero nada había reducido su tamaño ni su fuerza. Ni su fama por las violencias repentinas. Karl no se enfadaba cuando alguien lo irritaba o le provocaba en las pocas

veces que lo sacaban al patio con los otros treinta y seis prisioneros. Solo sonreía y reaccionaba de repente con un puñetazo o una patada, aplastando huesos y terminando las peleas rápidamente. La idea era que fuera rápido antes de que usaran gas paralizante o los guardias le dispararan con dardos tranquilizantes. Siempre había alguien que quería enfrentarse al viejo monstruo, sobre todo porque ellos mismos tampoco saldrían de la prisión y estaban aburridos y con tendencias suicidas. No había castigo por estos combates, solo aislamiento para Karl y hospital para su adversario. A Karl no le molestaba. Él no quería hablar con los otros presos. Irónicamente, Karl había lastimado a más personas desde que estuvo en prisión que en los sesenta años anteriores. Era enorme e intimidante, pero lo que le ganaba respeto a quienes trabajaban con él era su inteligencia, su planificación meticulosa y su lealtad a sus socios. Sus robos eran obras de arte, realizados solo después de probar y ensayar cada fase. Odiaba dejar pistas sobre quién había cometido el delito y solo reclutaba para sus equipos a personas que pudieran seguir órdenes y guardar silencio. Nunca mató ni lesionó gravemente a nadie en sus crímenes, claro, solo perdió objetos valiosos. Las compañías de seguros y los bancos tampoco estaban contentos con eso.

Encontraba difícil y lleno de disputas el trabajar con otros. Cuando los ánimos se encendían, si la lógica no lograba convencer a alguien, su fuerza y tamaño resultaban útiles. Pero era la amenaza de lo que podía hacer, más que la violencia real, lo que funcionaba mejor para él. Su reputación de caos provenía de su falta de vacilación. Cuando se trataba de violencia, reaccionaba de inmediato, tomando una decisión y comprometiéndose con la acción sin segundos pensamientos. Una pequeña muestra de fuerza era generalmente suficiente para calmar a las personas y permitirle volver a su trabajo. Había colaborado muchas veces con Victor y Andrei Seimovich, tal como lo había hecho con su padre en su juventud. Nunca formó parte de su familia y, en el mejor de los casos, era un aliado de confianza. Le gustaba así. Iba y venía según necesitaba y dirigía sus propias cuadrillas, planificando sus propios encargos. Eso le otorgaba tiempo para estar con su familia y lo mantenía alejado de las constantes luchas por el poder entre las familias rusas y ucranianas. Su pasión en la vida eran sus planes perfectamente ejecutados, pero su amor por su familia lo superaba. Su esposa, Freyja, le había dado seis hijos. Aquellos hijos se habían casado y le habían dado muchos nietos. El último había sido la pequeña Astrid, con cabellera dorada brillante como el sol. Su madre, Sonja, se había casado con un hombre que le rompió el corazón y la abandonó. Karl lo dejó ir a petición de ella sin romper su corazón ni otras partes de él. Seguía siendo el padre de su nieta, y la vida podía reunir a las personas nuevamente. La reconciliación ocurriría más rápido si aquel hombre no tuviera recuerdos de los puños de Karl rompiéndole los huesos. Cuando ocurrió el accidente, Sonja y Astrid vivían con Freyja y él en su gran casa. Su esposa había llevado a la pequeña Astrid a Helsingborg para comprarle un vestido nuevo. Fueron temprano en la mañana, deseando llegar a tiempo para la cena familiar. Pero aquella cena nunca ocurrió. Un Humvee que circulaba a más de 130 kilómetros por hora no pudo tomar la curva en la que intentaba salir y se estrelló contra la tienda. Tres personas que laboraban en el local quedaron gravemente heridas. Freyja murió al instante y Astrid quedó aplastada bajo el coche, sufriendo heridas horribles. El conductor sobrevivió gracias a la robustez del vehículo y al airbag que se desplegó. Podría haberse ido con heridas leves si no había estado bajo la influencia del alcohol y las drogas. Salió del vehículo y se quedó, mirando el daño que había causado y sonriendo mientras las drogas en su sistema convertían todo en un sueño psicodélico. El conductor, Edwin Jorgstadt, fue llevado al hospital y tratado por sus heridas y las sustancias en su cuerpo. Fue arrestado brevemente dos días después, y su fianza fue pagada por su padre, Alex Jorgstadt, vicepresidente de Alchemarx. Los abogados de Edwin alegaron que había estado en una fiesta nocturna con un amigo, donde tomó algunas copas, pero se molestó cuando algo le metieron en la bebida y empezó

a experimentar alucinaciones. Llegó a su vehículo, activó el piloto automático para regresar a casa y se despertó tras el choque. La culpa se atribuyó al piloto automático, a la falla del sistema de inteligencia artificial que claramente erró al no corregir la trayectoria y la velocidad, y al bar donde se había celebrado la fiesta. El juicio fue breve. El bar admitió que en la fiesta sí hubo drogas, legales, y que debieron controlar mejor su consumo. Technodyne, fabricante del Humvee, objetó con vehemencia que su producto era responsable, pero no envió abogado a declarar y solo recibió una pequeña multa. Un informe del sistema de IA que monitoreaba el tráfico de autos autónomos fue entregado automáticamente a la Defensa y a la Fiscalía. Los abogados defensores presentaron objeciones contra la utilización de una IA como testigo. La Fiscalía aceptó el desafío. Edwin salió del juzgado a una conferencia de prensa donde agradeció a sus abogados por su excelente labor en búsqueda de justicia, denunció los autos autónomos y abrazó a su padre a su lado. La fiscal principal hizo un breve discurso sobre hacer lo mejor en una situación difícil y emotiva, pero que todo hombre merece un juicio justo. Hubiera hablado más, pero en ese momento Karl apartó a dos guardias de seguridad, le golpeó en la cabeza con un porra metálica y, cuando sacaron armas, sujetó a Edwin por la garganta y mató a su padre con otro golpe. Cuando comenzaron a disparar, giró y usó a Edwin como escudo, gritando: «¡Muerte a los asesinos! ¡Muerte a los que mutilan niños!». Comenzó a caminar hacia los hombres, disparándoles, recibiendo heridas y golpeando con su porra. Edwin murió por las heridas de bala que recibió. Karl sobrevivió. No estaba seguro de poder llegar a las tres personas que necesitaba matar; llevaba chaleco antibalas que detuvo la mayoría de sus heridas. Se quejó con sus doctores de que había esperado morir y culpó a la armadura y a la mala puntería de los guardias. Como Edwin, Karl fue llevado al hospital, donde permaneció seis meses antes de estar en condiciones de enfrentar un juicio. Sabía que no ganaría; solo deseaba tener la oportunidad de hablar y presentar sus propias pruebas. Se comprobó que el dueño del bar recibió varios pagos importantes de Alex Jorgstadt. Se explicaron como pago por la fiesta, pero eran diez veces más de lo usual en ese establecimiento. El informe de la IA fue nuevamente impedido de ser presentado, pero Karl lo había visto. No se había activado el piloto automático. No se pudieron mostrar las transferencias entre Alchemarx y Technodyne, pero Karl sabía qué había ocurrido. Pagos de ese tipo eran comunes, y los jefes de grandes corporaciones rara vez iban a la cárcel. Esa protección también se extendía a sus herederos. El dinero podía comprar mucho, incluso a fiscales. Karl sabía que terminaría en la cárcel. Pero eso no le importaba. Lo que importaba era que alguien pagara por la muerte de su esposa y porque su nieta había perdido ambas piernas y su brazo izquierdo. Su familia había discutido con él, pero en su corazón ya estaba muerto, así que ¿qué le importaba? Con los años, se dio cuenta de que había sido tonto. Había otras formas de venganza, pero su impaciencia lo había llevado a esa situación. La persona frente a él vestía de manera extraña. Un abogado usaría un traje y corbata universales. Este hombre era joven y llevaba botas cálidas y prácticas, ropa cómoda que lo protegía del frío en la cárcel. Traía un carpeta y una pila de papeles. Parecía tranquilo y sin prisa. —Buen día, señor Ahlgren; gracias por aceptar esta reunión. —Karl rió y abrió los brazos ampliamente. —Como puede ver, no tengo mucho más que hacer, y es mejor escuchar lo que tenga que decir que discutir con los guardias y enfrentarse a su ira. Son unos profesionales: preguntan, y uno hace lo que dicen o lo aturden con una flecha y lo arrastran a donde quieren. Los respeto, aunque no me agraden. Pero en serio, está perdiendo su tiempo. Otros también han perdido el suyo preguntándome cosas que no voy a discutir. Sé que no voy a salir de aquí. Moriré en el frío. —No se preocupe por hablar, señor Ahlgren; el mundo no necesita conocer sus secretos. Todos esos se sabrán pronto. Probablemente está un poco atrasado, ya que no le dan acceso a la red de datos. Un viejo amigo suyo está en custodia y pronto hablará con Interpol. ¿Recuerda a Víctor Seimovich, verdad? Está ansioso por cerrar un trato, lo que reduce el valor de lo que usted sabe. —Karl se rió. —Víctor no

dirá nada. No intente esa mierda conmigo. Saldrá pronto y todo quedará en el olvido. Él sabe demasiado y es demasiado rico. Habrá acuerdos, como con todos los ricos bastardos. La única diferencia entre Víctor y el cabrón que mató a mi esposa es que Víctor no intenta esconder que es un mal tipo. Ah, y su cabeza está en una sola pieza. —Vaya, qué atrasado está usted. Víctor perdió mucho dinero recientemente. Le saquearon las cuentas y las acciones. Además, se le quitó parte de su dinero oculto por el escándalo de Syllabary. Quedó con unos pocos en cuentas raras, pero tenía demasiados enemigos. Huyó al lugar que le ofrecía el mejor trato y quedó bajo protección del Departamento de Justicia de EE.UU. Estuvo en casa de su sobrina política; seguro le mencionó a Belinda. Ella también está en silla de ruedas, como su nieta Astrid. —Cállese de Astrid, o encontraré la forma de matarlo. Karl tenía la teoría de que si aplicaba fuerza en el ángulo correcto, podía arrancar la silla metálica del suelo. Eso le daría un arma para romper el cristal reforzado. La pregunta era cuántos golpes necesitaría antes de detenerse. Probablemente no demasiados, pero podría poner a prueba la teoría si aquel hombre volvía a ser grosero. El hombre levantó las manos. —Perdón. Déjame mostrarte unas cosas. Comenzó a sacar recortes de periódicos, artículos y a pegarlos en el cristal con cinta. Karl intentó ignorarlos, pero siempre le había gustado leer, y ahora apenas le ofrecían libros. Se encogió de hombros y empezó a leer. Lo más probable era que tuviera razón. Víctor estaba en bancarrota y huido. Algunos de los periódicos mostraban informes internos del Departamento de Justicia de EE.UU. —Ah, así que hasta el poderoso Víctor ha caído. Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo? —Pues, Víctor cometió un error y dejó EE.UU.. Intentó secuestrar a su sobrina política y huir a un país donde le preguntarían menos sobre cómo usó su dinero. La herencia de ella estará disponible pronto, y esperaba que le diera un pequeño regalo. Ella heredó todo el dinero de André a través de Ekaterina, y su padre también era adinerado. Dinero viejo y mucho. Suficiente para que Víctor vuelva a los negocios. Pero ella fue lo suficientemente inteligente como para evadir sus trucos. Víctor desembarcó y fue capturado junto con tres personas buscadas por bioterrorismo que trabajaban para él. Es muy mala señal para Víctor. Los doctores se volcaron contra él y, si quiere salirse con la suya, tendrá que revelar algunos viejos secretos. —El sueco cruzó los brazos y se reclinó en su silla. —Esto no tiene nada que ver conmigo. Hable con Víctor. El hombre pegó más papeles en la pared. —Sí me afecta. Víctor está dispuesto a hablar sobre la muerte y enterramiento de un agente de Mossad desaparecido. Cuando lo haga, te implicará en el asesinato. Seguro que no te molesta, pero ¿tu hijo mayor también estuvo esa noche? —Karl quedó mirándolo, sin decir nada. —Así, al hablar Víctor primero, se acerca a salir de la cárcel, pero tu hijo seguramente será detenido para interrogatorio en su parte. ¿No sería mejor que nos des la información primero y así evitar el sufrimiento y las complicaciones a tu hijo y su familia? —Mi hijo es un buen muchacho. Viaja conmigo, pero siempre mantiene sus manos limpias. No tuvo nada que ver. Si lo que dices ocurrió, no estaba allí. ¡Era demasiado joven para jugar a cartas con ese grupo y beber toda la noche! —Estaba durmiendo en su habitación en el piso superior. —Lo creo. Hablé con Elías, y me dijo que no sabía nada de esa noche y que estuvo durmiendo toda la noche arriba. Pero eso no lo firmará Víctor. Cuantas más personas implique, mejor será su trato. —¿Y tú crees que yo voy a hablar y posiblemente implicar a mi propio hijo? —El hombre lo miró, y pareció mayor de algún modo. —No. Creo que tú morirías primero. Pero nadie quiere a tu hijo. Los israelíes obviamente querrán nombres, pero se conformarán con traer a su agente a casa. Se trata de Víctor y de cortar su apoyo. Tú danos la ubicación del cuerpo primero. El caso se cerrará. Víctor no tendrá nada que ofrecer. Es un buen trato. —Quizá para ti. —El hombre miró alrededor de la habitación con calma. —También van a hablar sobre el paquete perdido en Brujas. —¡No se atrevería! —gritó Karl—. Está muerto si dice eso. ¡Ese paquete fue un error! Nadie quería involucrarse después y no lo habrían robado si hubieran sabido qué era en realidad, pero todos pensaban que era algo para tener “por si acaso”. Todos eran idiotas. Él nunca

hablaría. ¡No hay nada de qué hablar! —Y sin embargo, aquí tengo la transcripción de su charla con Interpol, donde quieren saber la ubicación de un arma nuclear robada. Y él trabaja en su trato de ser liberado cuando lo entregue. —Karl paseaba de un lado a otro. —Malo, muy malo. Traiciona a tanta gente. Gente que oculta algo que le dijeron que escondiera y no sabe qué es. —No si hablas con nosotros primero, Karl. Siéntate, habla conmigo. Déjame decirte lo que creo que puede pasar. —Karl se sentó nuevamente después de un minuto. —Habla. —No trabajo con las autoridades. Soy un negociador privado contratado por un grupo anónimo con un solo objetivo: mantener a Víctor Seimovich en la cárcel y hacer que pague por sus crímenes. He estado trabajando desde el otro lado. Nos das la ubicación del cementerio y la bomba perdida, que entrarán en las reglas de denunciantes. Tu nombre no será divulgado. Tu hijo o cualquiera será olvidado. Quien tenga la bomba será olvidado. Víctor seguirá en la cárcel, el mundo será más seguro, y puedo ofrecerte dos cosas que harán que este trato sea mejor para ti. —¿Para mí? ¿Puedes conseguirme algunos libros para leer? —Mejor aún. He descubierto bastante sobre tu caso, especialmente respecto al juicio de Edvin Jorgstadt. En ambos juicios se ocultaron pruebas. Además, ya has cumplido diez años de condena, y se puede argumentar que actuaste por “insania temporal.” Ahora que has recobrado la razón, ¿harías lo mismo otra vez? —Eso hizo sonreír a Karl. —Por supuesto que no. Pagaría a dos idiotas sicilianos para acechar a quienes quisiera muerto y machacarlos en embutido, manteniendo las manos limpias. —El hombre frente a él negó con la cabeza. —Quizá puedas decir, “No sé qué pasó; fue la rabia y la pérdida. Estaba fuera de mí y no reflexioné. Siento un profundo remordimiento por mis acciones.” —Claro, puedo hacer eso. Pero esto es una farsa; no saldré de aquí. —Este papel dice lo contrario. —Se colocó un acuerdo en el vidrio, y Karl lo leyó—. ¿Esto es real? Debe serlo, a menos que tengan los sellos oficiales falsificados. Yo les entrego lo que quieren, y ustedes aceptan trasladarme a una cárcel cerca de mi hogar, donde mi familia pueda visitarme y, en un año, liberarme con monitoreo y libertad condicional. Pero, ¿qué significa esto de tratamiento para Astrid? —Han avanzado en la ciencia, Karl. Uno de los laboratorios principales, Rhebus, ha logrado clonar miembros perdidos. Además de trasladarte a la cárcel en tu ciudad natal, Rhebus será pagada para proporcionarle a tu nieta extremidades artificiales que funcionen igual que las originales. Ella terminará el tratamiento aproximadamente al mismo tiempo que tú termines tu condena y puedas recibir monitoreo en casa. —¿Y cómo puedo confiar en que todo esto es verdad, en tu palabra, en estos papeles? ¿Cómo sé que no son trucos y que no me están engañando? —No puedes. Así que quédate aquí mientras hablo con las personas en la otra habitación y presiono algunas teclas. Karl permaneció sentado, pensó por un momento. —Habla, dime lo que creas que puede ocurrir. —No soy agente, soy un negociador privado contratado por un grupo anónimo con un único objetivo: mantener a Víctor Seimovich en prisión y hacer que pague sus delitos. Desde fuera, nos das la ubicación del sepulcro y la bomba desaparecida, que entrarán en las reglas del denunciante. Tu nombre no será divulgado. Tu hijo o quien sea será olvidado. Quien tenga la bomba será olvidado. Víctor seguirá en la cárcel, el mundo será más seguro, y hay dos cosas que puedo ofrecerte que mejorarán este trato. —¿Para mí? ¿Puedes conseguirme unos libros? —Mejor aún. He descubierto bastante sobre tu caso, particularmente en relación al juicio de Edvin Jorgstadt. En ambos juicios, se suprimieron pruebas. Además, ya has cumplido diez años, y se puede presentar un caso de “locura temporal.” Ahora que estás cuerdo, ¿lo volverías a hacer? —Eso le dibujó una sonrisa en el rostro a Karl. —Por supuesto que no. Pagaría a dos sicilianos fastidiosos para acechar y moler a quienes quisiera matar, dejando mis manos limpias. —El hombre le miró con expresión pensativa. —O quizás puedas decir, “No recuerdo nada; fue la rabia y el dolor. Estaba fuera de mí y actué sin pensar. Siento mucho lo que hice. Algo así.” —Sí, puedo hacer eso. Pero esto es una farsa; no saldré vivo de aquí. —Este documento dice lo contrario. —Se colocó un acuerdo en el cristal, y Karl lo leyó—.

¿Es real? Debe serlo, a menos que tengan los sellos oficiales falsificados. Yo les entrego lo que quieran, y ustedes aceptan trasladarme a una prisión cerca de mi casa, donde mi familia pueda visitarme, y en un año, me liberen con monitoreo y libertad condicional. Pero, ¿qué pasa con el tratamiento para Astrid? —Han avanzado en la ciencia, Karl. Rhebus, uno de los principales laboratorios, logra clonar miembros perdidos. Además de trasladarte a la cárcel en tu ciudad, Rhebus será pagada para ofrecer a tu nieta extremidades artificiales que funcionen igual que las originales. Ella terminará el tratamiento cerca del momento en que tú finalices tu condena y puedas regresar a casa. —¿Y cómo sé si todo esto es verdad, si puedo confiar en tu palabra y en estos papeles? —No puedes. Por eso, quédate sentado mientras hablo con las personas en la habitación de al lado y presiono algunas teclas. Karl pensó por un momento y luego habló. —Habla. Lo que quiero es esto: acceso a la red de datos. Sé que debe ser solo lectura y por solo dos horas. Con eso, puedo ponerme al día con las noticias actuales y con su tecnología milagrosa. Dame una lista de lugares a los que ir y luego, que todo quede bien aclarado en un contrato. Aquí no hay confianza, y sé que esto no será rápido. Quiero un libro por semana hasta que me liberen. Las primeras tres deben ser Guerra y Paz, Ulises y La rebelión de Atlas. —La expresión de sorpresa en la cara del otro hombre fue evidente. —¿Quieres leer La rebelión de Atlas? ¿De verdad? —Karl sonrió. —Si alguna vez quiero terminarlo, será mientras estoy aburrido y en la cárcel, sin otra cosa que hacer. Aunque tengo mis dudas. La siguiente jornada, tras una larga noche de negociaciones, Karl fue escoltado de regreso a su celda con una copia de Guerra y Paz, ya muy conocida. La información finalmente lo había satisfecho. Su abogado familiar había sido llevado para revisar el proceso. Alguien movía las piezas en el tablero grande para mantener a Víctor Seimovich en la cárcel. No le importaba en absoluto, y su caso había conseguido cierto protagonismo en una investigación profunda sobre corrupción en los tribunales, ocurrida cinco años atrás. Eso, por sí solo, no lo ayudó a salir, pero ahora, sí. Nunca sería completamente libre, pero en el fondo sabía que podría volver a casa, ver a sus hijos y nietos y morir en su propia cama. Eso le bastaba. Cuando decidió, y abrieron las puertas de su memoria —y, lo más importante, le concedieron el estatus de denunciante—, les entregó cinco otros temas que Víctor podría usar para negociar. Las autoridades estaban sonriendo cuando les contó la última historia. Lo mejor de todo fue que lo llevaron a una nueva celda. No era mucho mejor que la anterior, pero tenía una cama más grande y agua caliente en la ducha. No era una recompensa, solo una precaución. La noticia se filtraría. De alguna manera, los presos sabrían que iba a salir. Eso no se podía permitir. Moriría en cinco minutos tras entrar en el patio. Comenzó a leer el libro lentamente. Sabía que las primeras páginas eran las peores, con decenas de nombres que recordar, pero tenía mucho tiempo. Lo único que lamentaba del trato era no poder ver la cara de Víctor cuando cada puerta de la libertad se cerrara en su cara. Le alegraba saber que ayudaba a que alguien más pudiera vengarse del hijo de puta rico.